que tan fácilmente podría mostrarse adornado de la magnanimidad que corres- sin fronteras, sin límites, sin prejuicios de casta o de raza. Nosotrtos no hemos perdido ciertamente nuestro interés en la humanidad. Es por ella por lo que tra- *bajamos, pero por ella* «universalmente». No sabemos de pueblos. Sólo sabemos del pueblo: único, universal, del pueblo que sufre y que lucha; que padece, que cae y se levanta otra vez avanzando siempre en la dura senda empapada de sus lágrimas; el pueblo que todos los hombres reconocen, aquel en el seno del cual todos somos hermanos. Y es para lograr que ellos, nuestros hermanos, lleguen, como nosotros, a la plena conciencia de esta fraternidad, que levantamos, por encima de sus guerras ciegas, el arco de la alianza: el pensamiento libre, uno, múltiple y eterno."

En Junio 23 de 1919, los conceptos de esta declaración fueron aprobados y suscritos por las siguientes ilustres personalidades literarias: James Addams, Estados Unidos; René Arcos, Francia; Henri Barbusse, Lyon, Francia; Roberto Bracco, Italia; Dr. L. E. Balzalgette, Francia; Jean Richard Bloch, J. Brouwer, Holanda; A. de Chateaubriand, Francia; George Dumahel, Francia; Profesor Einstein, Alemania; Dr. Frederick van Eaden, Holanda; George Elekhoud, Bélgica; Profesor Forel, Switzerland; Verner von Heidentam, Suecia; Selma Lagerlof, Suecia; Profesor Max Lenhmann, Alemania; Carl Lindhagen, Suecia; López Pico, Cataluña; Heinrich Mann, Alemania; Marcel Martinet, Francia; Franz Masereel, Bélgica; Emile Masson, Francia; Jacques Mesnil, Bélgica; Sophus Michaeli, Dinamarca; Mathías Morhardt, Francia; Profesor George Fr. Nicolai, Alemania; Eugenio d'Ors, Cataluña; Profesor A. Prenánt, Francia; Paul Signac, Francia; Jules Romains, Francia; G. Theisson, Francia; Henry Van der Velde, Bélgica; Charles Vildrac, Francia; León Werth, Francia; Israel Zangwill, Bertrand Russell, Inglaterra; Romain Rolland, Francia; Han Ryner, Francia; Stefan Zweig, Austria.

Trabajos Notables

(Traducciones y Reproducciones)

El niño y el hogar

Dr. B LIBER

(Reproducido del "N. Y Call")

UNO de los errores fundamentales de nuestro actual sistema social es la creencia de que la niñez en sí misma no es tan importante; que ésta sólo es un paso, un período de transición, un puente hacia la edad viril. No; no es un período de transición mayor que ningún otro período de nuestra vida, y el niño es, en sí, tan importante como el hombre o la mujer.

El objeto de la educación no debe consistir en hacer del niño el hombre futuro, o, como se suele decir, el «buen ciudadano» de mañana. El es «alguien» ya, ahora mismo. Yo veo en el niño y la niña un hombre y una mujer, de cinco o de ocho años, con su carácter, con sus derechos, que pueden diferir de los adultos, pero que debemos reconocer y respetar.

Debemos tratar de hacer de este pequeñito hombre o pequeñita mujer un ser tan feliz como sea posible ahora, y no sólo prepararles para una felicidad ulterior, especialmente teniendo en cuenta que en su edad madura la vida puede serles cruel y dolorosa.

El futuro se cuidará de sí mismo, y lo hará así las más de las veces de una manera satisfactoria, bajo una educación racional. El niño estará bien preparado para ser un verdadero hombre y la sociedad estará compuesta de buenos tipos de hombres y de mujeres: una sociedad ideal construída sobre las bases más firmes.

La mayoría de los llamados bien intencionados y bien pensados, pero que en realidad no son personas pensantes, no le permiten al niño descubrir nada por sí mismo, sin la ayuda de éllos. Si un niño adquiere por sí mismo su propia experiencia y descubre muchas cosas nuevas, es sólo con dificultad y a despecho de sus guardianes; es sólo porque éstos no pueden ocuparse tanto como quisieran de su prole, lo que es un bien para las generaciones nuevas y hasta cierto punto su salvación.

La mayor parte de los padres no dan a sus niños ni aun ocasión de hacer preguntas o de equivocarse, de cometer equivocaciones, cosa tan necesaria para aprender. Ellos llamarán la atención del niño hacia todo, creyéndo que al hacerlo así desempeñan un gran deber: "Este es un pájaro". "Esto está caliente". "Esto está frío", "Siéntate derecho o te caerás de la silla", "Coge el martillo de este modo"....

Me diréis que el niño debe aprender de nuestra experiencia. Me diréis también que, si yo estoy en lo cierto, no debería hablarse ni de la escuela, ni de educar a los niños.

Pero no es cierto que nosotros tengamos que adquirir nuestros más importantes conocimientos de la experiencia de alguna otra persona, y yo puedo decir que lo que uno aprende en la escuela no debe confundirse con las cosas que se aprenden en el trato con los miembros de la familia dentro del hogar. La instrucción escolar tiene sólo una influencia parcial en el desarrollo del verdadero carácter personal del niño, y las nociones escolares constituyen a lo sumo instrumentos para usar luego en la vida. La instrucción no siempre camina paralelamente con el carácter. Un profesor instruído puede carecer de carácter y un campesino analfabeta puede poseer un hermoso carácter con un ego fuertemente pronunciado.

Deténgase un momento, lector, a pensar en lo que podría suceder si usted le permitiera a su niño hacerse daño y si esto no podría de vez en cuando resultarle conveniente. Si es usted imparcial, confesará que es bastante necesario.

¿Por qué es que, no obstante lo mucho

que enseñamos a nuestros hijos, lo mucho que, sin pedírsenos, les hacemos merced de nuestra experiencia, ellos continúan quemándose, cortándose, cayéndose de las sillas, etc.? Y estas cosas les ocurren a todos los niños. La razón de esto es que hay cosas que nadie aprende cuando se nos dice que las aprendamos y solamente un psicólogo malo de los niños puede abogar por esta clase de enseñanza.

Además, es ridículo hablar de la experiencia del adulto. Vemos que él también, no obstante su cacareada experiencia, se corta, se quema, rompe vidrios, se cae de lugares altos y se mata, muchas veces por su propia culpa.

Mientras más en libertad haya sido criado un muchacho, más experiencia personal habrá ganado, más sabrá cuidarse. Mientras más ayude usted a su muchacho, más indefenso, más debil será.

Es un error privar al niño de su oportunidad—algunas veces placentera, otras dolorosa, pero siempre necesaria—de aprender tanto como pueda por sí mismo en el momento en que él desea aprender.

Uno de los más desdichados resultados de ese error es lo mucho que contribuye a destruír ese precioso tesoro que el niño posée—su individualidad—, o a no permitir que su carácter se desarrolle. En realidad, después de algún tiempo de tal enseñanza, el niño acabará por parecerse más a usted que a sí mismo.

Para evitar malas interpretaciones, quiero añadir aquí que no pretendo oponer ningún reparo a que al niño se le ayude siempre que lo pida, ni tampoco pretendo que se le deje expuesto a un gran peligro sin venir en su ayuda. Pero estas situaciones son excepcionales y yo vengo refiriéndome sólo a aquellas ocurrencias familiares diarias en que los adultos constantemente intervienen en la voluntad del niño frustrando su deseo de aprender por su cuenta. ¿Le preguntan alguna vez los padres, por ejemplo, al niño, aun después de poder éste tener una opinión, a los cinco o seis años, si aprueba el color o la forma del traje que le han comprado? Por regla general ¿no les imponen sus gustos? ¿O éllos, los amos, le dan, al menos alguna razón que le explique sus preferencias de estos o aquellos artículos? No.

¡Cuántas veces visten al niño como si fuera un mono de circo! Y lo hacen así, porque le consideran como un juguete que utilizan en su propia diversión.

Acerca de los obstáculos puestos en el camino de un niño en lo que afecta a su selección de alimentos o vestidos, pertenece ello a otro capítulo, el de la educación física, que trataré separadamente. Aquí sólo quiero hacer constar que en tales materias el niño, estando más cerca de la naturaleza, está generalmente más en camino de acertar que sus mismos padres, que pretenden saberlo todo, pero que están llenos de teorías erróneas y de falsas creencias asimiladas del ambiente. En esta intervención de los gustos del niño para con ciertos alimentos y en el orden y cantidad en que él los escoge para ingerirlos, prevalece el mismo falso principio que en todo lo demás, o sea, el de que los padres lo saben todo, que son infalibles. Y así, en esto también le privan de su libertad. ¿Cómo podemos esperar que niños educados de esta manera lleguen a ser hombres con gustos e ideas personales y capaces de crear cosas? No se necesita ser muy profundo observador para descubrir que algunas gentes no les permiten a sus niños ni siquiera hacer aquellas cosas que no pueden de ningún modo traer malas consecuencias. Ellos no se las permiten por costumbre, o porque deben siempre hacerle comprender al niño que son los amos. Y no pocas veces yo he oído esta frase: "Caramba, si yo fuera a dejarle hacer su gusto, se echaría a perder"; o "Tengo que darle a entender que estoy por encima de él".

Muchas gentes no le permiten al niño que juegue aquí o allá dentro de su casa, sin darse cuenta de que la casa pertenece tanto al niño como a éllos y que su ocupación es la de jugar.

Algunas veces convertimos lo que podría ser un gran rato para el niño en una ocasión para hacerle sufrir. Por ejemplo, un paseo con los padres el domingo. ¡Cuán bello podría ser esto! Pero qué ropas tan molestas las que le ponen al niño! Y cuánto cuidado debe tener de andar muy derecho, en silencio, en perfecto orden, correctamente, sin saltar, sin bailar, sin pitar, sin cantar, sin admirar nada ruidosamente por el camino, sin pararse en ninguna parte. El pobrecito debe agarrar la mano grande de su padre y marchar siempre al paso y al tono de sus mayores.

Los egoístas, los tiránicos padres tienen miedo de que los transeúntes en la calle, que pertenecen también a la conspiración silenciosa contra los niños, puedan decir que está maleriado; tienen miedo de perder su reputación de gente civilizada... ¡los cobardes! Por lo tanto, le roban al niño su espontaneidad, su libertad, su felicidad.

¿Qué de extraño tiene, pues, que el niño, al descubrir que sus padres son sus enemigos, que no son sus camaradas sino sus superiores, tenga más goce en entregarse a sus expansiones sin ellos para así poder quedar libre de ver y hacer lo que desea?

¿Y qué extraño que algunos niños salgan de sus casas huyendo de sus padres?

Una consulta.—Pregunta y contestación.

"Estimado doctor Liber:

Quisiera solicitar de usted un consejo acerca de un niño muy díscolo.

"Nosotros adoptamos este niño cuando sólo tenía seis meses de edad. Ahora tiene seis años y está muy crecido. Su salud, al parecer, es perfecta. Es extremadamente adicto a toda clase de juegos. A veces es muy afectuoso, pero tiene arrebatos de cólera terribles, como sucedió hoy, que le pegó un mal golpe a su mamá en el vientre y la colmó de injurias. Ayer se portó casi tan mal. Yo no hice nada entonces, pero hoy le he castigado severamente. Vengo leyendo hace tiempo toda clase de advertencias acerca de la mala práctica de pegar a los niños. Creo que puedo estar equivocado, pero la persuación moral no da mejor resultado que el azote. Estamos, por consiguiente, muy perplejos. No habiendo tenido hijos, tomamos éste por nuestra cuenta y lo hemos tratado como si lo fuera. Cuando tenía dos años estaba tan hermoso que ganó el premio en una exposición de niños. Habitamos en una vecindad muy respetable y nos avergüenza a todas horas el feo lenguaje que usa este muchacho. Cree usted que la deficiencia mental de su madre natural podría explicar su aparente anormalidad? Mi esposa está casi postrada del disgusto que le produjo la conducta del chiquillo ayer y hoy.

"Yo tenía pensado el valerme de un policía para tratar de asustarlo, haciéndolo llamar para que el policía lo llevase a la estación y lo intimidase.

"La madre del niño, sólo tenía dieciocho años de edad cuando él nació. Ella y el padre eran de origen inglés.

"Esperando que usted nos dé una luz para la solución de este asunto que tanto nos preocupa, y anticipándole las gracias, quedo de usted, etc.,

J. F. W. S.

Reading, Pa."

Contestación

"Es difícil, casi imposible dar una contestación satisfactoria y útil en un caso como el de ustedes, sin medios de adquirir impresiones directas. Ningún juez honrado falla una cuestión sin oír a ambas partes. Estoy cierto de que el niño no le pegó a su madre adoptiva sin alguna razón y sólo por pura maldad. Posible es que élla misma, en su creencia de que lo que hace debe estar bien hecho, no advierte qué injusticia haya podido cometer, y en cuanto a los otros adultos de la familia, por lo genral no son mejores jueces, pues todas las personas mayores suelen conspirar contra el niño. Que la madre se examine a sí misma franca y concienzudamente, que recuerde toda la serie de sucesos y todos los conflictos con el niño que trajeron ese desagradable desenlace y puede que encuentre que la culpa ~~ de ella, o de los otros miembros de la familia. O quizás la falta estaba en su sistema de criar al niño. No hay duda de que algunos rasgos de carácter pueden ser hereditarios, pero es más práctico eliminar esa idea como excusa de su manera de tratar al niño. La parte principal depende de la conducta de ustedes mismos. ¿Han hecho ustedes realmente todo lo posible para ganarse la confianza, el cariño y la amistad del niño? ¿Le han dado a entender ustedes, sus padres, que eran sus amos y superiores? ¿Han tolerado ustedes que su personalidad se desarrolle hasta el límite de sus posibilidades? ¿Han sido ustedes siempre justos con él?

El hecho de que él se atreviera a pegarle a su madre, deplorable como es en sí mismo, podría indicar que el niño conserva todavía algunos rasgos buenos de carácter, quizás orgullo, valor, que bien conducidos pueden hacer de él un bello tipo de hombre. Quizás se encuentre él ahora en un momento crítico de su desarrollo, y ustedes pueden hacer con él una de estas tres cosas: pueden ayudarle a que sea mejor, a que tenga una individualidad más fuerte que muchos de sus amiguitos; pueden aprovechar su arrebatado temperamento en su propio beneficio, o pueden destruir el resto de su personalidad y hacer de él un ser blando, débil y sin carácter. Esto es, ustedes pueden domesticarle, o también introducir en su alma la simiente que puede hacer de él un criminal. Tened cuidado! Mientras el látigo como medio de educar a un niño es en todo respecto un fracaso, yo no defendería tampoco la práctica de presentarle la otra mejilla a un niño que acaba de pegarle a uno. En principios generales, debemos proceder

con él como si fuera un adulto, sin perder de vista, por supuesto, las diferencias de edad entre unas y otras partes. Pero yo no sé si en su caso particular ustedes han debido castigarle severamente, como usted dice que hizo. Ese puede ser el comienzo de un estado de odio latente entre ustedes y él. Si ustedes adoptan el correcto punto de vista, no dejarán de resolver acertadamente los más de los problemas y detalles que surjan. Amenazar al niño con la policía es un recurso muy pobre. El no tardará en descubrir que ustedes no le decían la verdad y esta será una razón más para que dude de su veracidad. ¿Y por qué hacer que la policía o una tercera persona, se mezcle en sus relaciones con él?

Como ven ustedes, no existe ningún remedio patentizado, no hay un "esto" o "aquello" que sirva para resolver de plano la cuestión. Como en todos los asuntos importantes, la situación no debe remendarse superficialmente. Adopte un camino totalmente nuevo; ensaye nuevos métodos, basados en sensatos y racionales principios, y edúquense ustedes a sí mismos simultáneamente con el niño".

Dr. B. L

Una carta al Senador Borah sobre los tratados secretos

AMOS PINCHOTT

Hon. William E. Borah,

Senado de los Estados Unidos.
Washington, D. C.

Mi estimado Senador Borah:

Estoy atónito ante la negativa hecha por el presidente Wilson, respondiendo a preguntas de usted y del Senador Johnson, de que él tuviera conocimiento alguno de los tratados secretos anteriores a su llegada al Congreso de la paz en París.

Estos tratados secretos fueron publicados parcialmente en Inglaterra no mucho tiempo después de nuestra entrada en la guerra. El pacto de Londres fué publicado en el «New York Sun» de Diciembre 2, 1917. El texto entero de los tratados secretos fué publicado por series en el «New York Evening Post» a partir de Enero 25 de 1918, circulando después profusamente en forma de folleto. La lectura del Tratado de Londres en la Cámara de Diputados de Italia, en Febrero de 1918, fué comunicada al público en el «New York Globe», con fecha 18 de Febrero de 1918. Despachos de la Prensa Asociada aludiendo a estos tratados circularon en la prensa durante todo este período en los Estados Unidos. El asunto de los tratados secretos fué el tema de conversación en la entrevista celebrada con el Coronel House por Mr. Lincoln Colcord, del Philadelphia Ledger, en Septiembre de 1917 y también en otra entrevista mía con el mismo Coronel House que tuvo lugar en Enero 24 de 1918. A Mr. Balfour, en Julio de 1917, le suplicó el Coronel House que remitiese los tratados secretos al Presidente.

Por consiguiente, parece asombroso que Mr. Wilson permaneciese ignorante. Realmente, si el presidente de los Estados Unidos no se enteró de los tratados secretos hasta su llegada a París, significaría esto una falta de información y un abandono de los intereses americanos apenas concebible.

Las preguntas y respuestas a que me vengo refiriendo son las siguientes:

—Senador Borah: "¿Cuándo fué que el tratado secreto entre Inglaterra, Francia y las otras naciones de Europa, con referencia a ciertos arreglos europeos llegó primero a su conocimiento? ¿Fué después que usted llegó a París, también?

—El Presidente: Sí, señor. Toda la serie de los arreglos me fué descubierta entonces por primera vez.

—Senador Borah: ¿Entonces, nosotros no teníamos conocimiento de estos tratados secretos, en lo que concernía a nuestro Gobierno, hasta que usted llegó a París?

—El Presidente: No; a menos que hubiese informes en el Departamento de Estado de que yo no tenía conocimiento.

—Senador Johnson: Creo que la pregunta que voy a hacerle ha sido contestada ya al Senador Borah. Excúseme, pues, la repetición. ¿Fué el Gobierno de los Estados Unidos informado alguna vez, oficialmente, en el período que medió entre la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y la firma del Armisticio, de los

pactos hechos por los gobiernos aliados con respecto a la liquidación de la guerra?

—El Presidente: No. Que yo sepa, no.

—Senador Johnson: ¿Sabe usted si fué informado extraoficialmente durante ese período?

—El Presidente: Yo sería más claro en mi contestación, señor Senador, si supiera a qué se refiere usted.

—Senador Johnson: Me refiero a los llamados «tratados secretos» que acordaban repartos de territorio entre los beligerantes.

—El Presidente: ¿Usted quiere decir... como el Tratado de Londres?

—Senador Johnson: Sí, como el Pacto de Londres.

—El Presidente: No, señor.

—Senador Johnson: ¿Podría usted declarar si nuestro Gobierno practicó o nó alguna investigación para averiguar si había o no tales tratados o tales repartos de territorio?

—El Presidente: No se hizo ninguna investigación.

—Senador Johnson: Estos tratados específicos, por consiguiente, el Tratado de Londres, a base del cual Italia entró en la guerra; el arreglo con Rumania en Agosto de 1916; los varios arreglos llevados a cabo en el invierno de 1917, entre Francia y Rusia con respecto a las fronteras de Alemania y, particularmente, en relación con la cuenca del Saar y la orilla izquierda del Rhin... ¿De ninguno de estos teníamos nosotros (y cuando yo digo nosotros quiero decir usted, señor Presidente) conocimiento alguno antes de la conferencia de París?

—El Presidente: No señor. Puedo, con entera confianza, asegurar que no, por lo que a mí toca."

Si el Presidente no tenía conocimiento de estos tratados secretos con anterioridad a las conferencias de París, él tenía que haber sido casi el único líder político en Europa, o en su propio país, que permanecía en tan desdichada situación de ignorancia. Para el resto del mundo, los tratados secretos ya eran cosa de conocimiento familiar, como lo indicarán las siguientes notas:

1o.—Mr. Lincoln Colcord, en un artículo que apareció en «The New York Nation» con fecha 17 de Mayo, declara que el Coronel House le manifestó en Septiembre de 1917 que él (el Coronel House) le había pedido a Mr. Balfour—que presidía la misión inglesa en los Estados Unidos a principios del verano de aquel año—que enviase copias de los tratados secretos a Washington, de manera que el presidente Wilson pudiera "ver por lo que estábamos luchando," y que Mr. Balfour no había hecho entrega de ningún tratado en la fecha en que Mr. Colcord habló con el Coronel House.

a).—La súplica del Coronel House a Mr. Balfour ¿no era conocida por Mr. Wilson?

b).—¿Por qué no fué atendida esta súplica jamás?

2o.—En Diciembre 2 de 1917, el «New York Sun» publicó una historia sensacional bajo el título de "Oferta secreta a Italia descubierta" y el subtítulo de "Se dice que un gran empréstito y territorios han sido garantizados por los aliados," y procedía entonces a un análisis en detalle del pacto de Londres.

3o.—Entretanto, durante el año 1917, los tratados secretos habían sido publicados íntegros en Rusia y explicados, aunque no reproducidos íntegramente, en Inglaterra, en el periódico «New Europe». Otros periódicos ingleses los comentaron en sus editoriales. Entre esta fecha y la del armisticio, los periódicos y magazines liberales de Inglaterra (especialmente el «London Nation» y el «Manchester Guardian») continuamente discutían estos tratados secretos en sus columnas editoriales. Por ejemplo, menos de dos semanas antes de firmarse el armisticio, el «Manchester Guardian»—quizás el periódico liberal más importante de Europa, cuyo Director, Mr. Scott, fué el único periodista a quien el Presidente tributó el honor de una visita personal durante su viaje—traía como su editorial principal un ruego al presidente Wilson de que despejase el camino hacia la paz barriendo completamente todo vestigio de estos tratados secretos. "La mejor garantía que él nos puede ofrecer de la victoria en esa lucha (contra la diplomacia secreta) será la seguridad de que los tratados secretos son repudiados y que dejarán de ser redes en los piés de los delegados a la Conferencia de la paz." Ciertamente que Mr. Scott, o quien fuese el autor de este editorial, no volvería de su asombro al enterarse de que en esa fecha Mr. Wilson estaba ignorante de la existencia de los tratados secretos.

4o.—En la primera semana de Enero de 1918, residentes rusos de New York trajeron una copia de los tratados secretos, incluyendo en ésta los documentos mencionados por el Senador Johnson en el último párrafo de sus preguntas al Presidente transcritas antes. Estos tratados fueron entregados al «New York Evening Post» y publicados

íntegros en una serie que comenzó, según creo, en Enero 25 de 1918. En Enero 24 de 1918, tuve yo una conversación con el Coronel House en la que le informé de que los tratados secretos iban a publicarse en serie a partir del día siguiente. Yo quedé estupefacto al saber que el Coronel House no había leído ni recibido los tratados secretos, ni sabía lo que contenían, a despecho de que ellos eran el plato del día en Inglaterra y de que el pacto de Londres había sido ya publicado en síntesis en el «New York Sun». El Coronel House se manifestó sorprendido cuando se le dijo que había un tratado entre cuatro partes (el pacto de Londres) fechado en Abril 26 de 1915, que no era un borrador informal, sino un documento en debida forma, en que se subdividía la Europa Central y el Cercano Oriente entre los aliados, y debidamente suscrito por Grey, a nombre de Inglaterra, Cambon, por Francia, Imperiali por Italia y Benckendorf por Rusia.

El Coronel House se manifestó animado de una completa confianza en que Mr. Wilson dominaría la situación en las conferencias de la paz y acabaría con todo lo que significase alianzas y tratados secretos entre los aliados.

5o.—Hojas impresas, pruebas, de los tratados secretos fueron sacadas por el «New York Evening Post» y enviadas a los principales periódicos. Luego el mismo «Evening Post» reimprimió los tratados secretos en forma de folleto y los puso a la venta a diez centavos el ejemplar. Más tarde yo envié un número de estos folletos a los Senadores y a los miembros de la Cámara de Representantes.

6o.—En Febrero 18 de 1918 el «New York Globe», bajo el título de "Ha sido leído el tratado secreto en Italia" y el subtítulo "El diputado Bevione hace público el documento que determinó la entrada de Italia en la guerra," publicaba un despacho de Roma, con fecha de Febrero 16, en que se describía la escena que tuvo lugar en la Cámara de Diputados de Italia al darse lectura al pacto de Londres y especialmente a la nota de las anexiones en favor de las cuatro potencias signatarias.

Esto solo debió haber sido bastante para estimular a Mr. Wilson y al Departamento de Estado a buscar mejores informes.

7o.—Aun cuando no hubiera habido ninguna publicación de los tratados secretos en Inglaterra, en Italia, en Rusia y en los Estados Unidos, Mr. Wilson, como hombre a quien se considera enterado de la historia europea, no ha debido ignorar que la guerra tenía que producir una balumba de tratados secretos interaliados que, a menos que se les alterase antes del fin de la guerra, habrían de determinar definitivamente la naturaleza de la paz final. Y esto era especialmente verdad en vista del hecho de que naciones como Inglaterra, Italia, el Japón y Rumania no habían sido primariamente atacadas y, por consiguiente, era seguro que exigirían extensas ventajas territoriales y comerciales en pago de su participación.

Si la prensa y el público de Inglaterra, si la Cámara de Diputados de Italia, y los rusos, y el «Evening Post», y el «Sun», y el «Globe» y miles de sus lectores sabían de los tratados secretos; si el Coronel House y Mr. Colcord sabían; y, sobre todo, si el Honorable Arthur J. Balfour, que nos visitó en Julio de 1918 para solicitar sacrificios sin límites del pueblo americano, sabía y nada dijo, cuán sorprendente es que Mr. Wilson no hiciera esfuerzo ninguno para obtener los tratados secretos, sino que permaneció en ignorancia hasta que les fueron «revelados» en la mesa de las conferencias, pudiendo así contestar, cuando usted y el Senador Johnson le preguntaron si tenía algún conocimiento de ellos antes de su viaje a París:

"No, señor; puedo, con toda confianza, responder no a esa pregunta, por lo que a mí respecta."

101 Park Avenue, New York City.

SUPLEMENTO A LA CARTA ANTERIOR

Después de la carta anterior al Senador Borah, de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, que vió la luz en la prensa de los Estados Unidos, su autor, Amos Pinchot, lanzó al público el siguiente manifiesto:

El Presidente Wilson y los tratados secretos

Cuando América entró en la guerra, un Mr. Wilson bien informado hubiera tenido en sus manos las cartas mejores. Fácilmente hubiera podido obligar a los gobiernos aliados a abandonar los tratados secretos ya hechos y a comprometerse a no hacer otros sin el consentimiento de este Gobierno. Esto hubiera asegurado, al terminarse la guerra, una verdadera Conferencia de la Paz, honradamente interesada en establecer una luminosa y permanente era de paz. Y de este modo se nos habría ahorrado el espectáculo de las ficticias conferencias de paz, a las que las representantes aliados fueron no a hacer la paz, sino a cobrarla, con los tratados secretos ya en el bolsillo.

Un Mr. Wilson bien informado, velando por los intereses americanos, pudo muy bien casi en cualquier momento antes de la caída de Alemania, haber levantado su látigo sobre los imperialismos europeos y asiáticos. Entonces los aliados necesitaban de nuestra ayuda; provisiones, dinero, armas y hombres. Pero en la Conferencia de la Paz, cuando Mr. Wilson se resolvió a pelear y casi inmediatamente se rindió, aquellos dejaron ya de depender de América. Y así se lo dijeron a Mr. Wilson en actos que eran más elocuentes que las palabras de éste.

Supongamos que en el momento de nuestra entrada en la guerra, o en el 1918, cuando los tratados secretos llegaron a conocimiento de todo el mundo menos del Presidente, Mr. Wilson se hubiera dirigido a los estadistas aliados con estas palabras: "Caballeros, América entró gustosa a hacer sacrificios inmensos para ayudarles, pero nosotros estamos interesados primordialmente en una guerra en bien de la democracia que dé por resultado la paz para el mundo. Los tratados secretos que ustedes han mantenido hasta ahora ocultos del Gobierno americano, son anti-democráticos y productores de guerras y parece que tienden a una renovación de conflictos europeos en que los Estados Unidos podrían otra vez verse envueltos. Como yo prometí en mi discurso de Abril 2 de 1917, nosotros dedicaremos nuestras vidas y fortunas, todo cuanto somos y todo cuanto tenemos, a la ayuda de ustedes. Pero ustedes, en cambio, deben relevarse mutuamente de las promesas secretas que se hayan hecho, de modo que todos podamos sentarnos a la mesa de la paz sin ataduras, como hombres libres, con solo una idea en la mente, la de ejecutar una paz concorde con las necesidades del mundo. La participación de América en la guerra depende de la inmediata contestación de ustedes."

Los resultados de la ignorancia inicial de Mr. Wilson y de sus subsiguientes titubeos e irresoluciones cuando se encontró ante el abismo que su ignorancia había abierto ante este país, han sido literalmente estupendos. A esta ignorancia y a esta falta de resolución son imputables tres consecuencias principales. Primera; la negativa de los aliados a revisar sus designios de guerra, fué lo que sacó a Rusia del conflicto, a Rusia que perdió más hombres en lucha con Alemania que otras dos naciones juntas de cualquiera de las beligerantes. Fué la negativa de Bonar Law a acceder a las reiteradas instancias de Kerenski para una revisión de los designios de la guerra, lo que destruyó la confianza de Rusia. Los rusos no tenían interés alguno en una contienda entre grupos que aparecían todos impulsados por móviles imperialistas.

Segunda; el tratado de paz, ajustándose estrechamente como lo hace, a las líneas de de los tratados secretos, es un documento enteramente destructivo, no contiene ninguna cláusula cicatrizante. Y ha estimulado poderosamente las discordias internacionales aun entre las naciones aliadas. Incidentalmente, ha precipitado a los pueblos de Europa, considerados aparte de sus gobiernos, a sus crecientes desconfianzas en el orden actual, dejando convencidos a numerosos elementos de entre ellos de que sólo por métodos revolucionarios puede esperarse el remedio.

Tercera; el Tratado de Paz, a causa de las injusticias y mal disimuladas exhibiciones de codicia, ha hecho imposible una liga de naciones inclusiva, tal como la que Mr. Wilson en Manchester consideró como la única clase de liga en que estaba América interesada. Tan imposible sería, por otros medios que no sean de pura fuerza, el cumplimiento del tratado de Versalles, que los diplomáticos de Europa, y sin ninguna duda Mr. Wilson mismo, se dieron cuenta de que una liga de paz verdadera estaba enteramente fuera de la cuestión. E inmediatamente volvieron a caer en el viejo plan del "balance de poderes" cuyo objeto principal es proveerse de una maquinaria para mantener a las naciones esclavas en una garra de hierro en tanto que las naciones dominantes las continúan explotando a su sabor. Y esta es la razón—y una razón perfectamente lógica—de la insistencia de Mr. Wilson en conservar la cláusula 10. Sin una cláusula como esta que obligue a todos los miembros de la Liga a cooperar para la entrega, por ejemplo, de Shantung al Japón, dándole a Inglaterra el control casi absoluto del petróleo del mundo, sacándole pedazos a Mesopotamia y al Asia Menor para su exclusivo beneficio, haciendo del Mediterráneo un lago inglés, de Persia una provincia inglesa y de la cuenca del Saar y las provincias del Rhin una Irlanda francesa, el tratado de paz no duraría sino un año.

Pero es inexplicable, en verdad, que Mr. Wilson no viese la corriente de los acontecimientos un poco antes. Al menos, debió haber sospechado lo que estaba ocurriendo. La mayor parte de las gentes inteligentes veían esto con absoluta claridad. La única teoría que podría explicarnos la actitud de Mr. Wilson es la de que él conscientemente prefirió no enterarse de lo que los aliados habían hecho, a fin de poder con

más libertad hablarles del idealismo de la guerra, creyendo que cualquiera suerte de pactos secretos que pudieran hacer para dividirse el botín, él podría destruírlos, en la mesa de la paz, por una apelación directa a los pueblos de Europa. Si fué este su sueño, fue un sueño muy infantil. En la mesa de la paz los elementos reaccionarios estaban en completo control. La guerra se había ganado y Mr. Wilson, cumplida la tarea de América, pasaba a ser una molesta figura supernumeraria en el banquete. En cuanto a apelar a los pueblos sobre la cabeza de sus gobiernos, esto era de todo punto imposible, pues aquellos estaban (1), todavía en armas; (2), exasperados por las crueldades del enemigo y listos para las represalias de cualquier género que los líderes indicaran; y (3), empobrecidos, y, por lo tanto, mirando ansiosos a un lado y a otro en busca de cualquier recurso, sabio o tonto, mediante el cual rehacerse temporalmente de alguna manera.

Sin embargo, la derrota de los Estados Unidos en la Conferencia de la Paz no es todavía completa. Podemos todavía salir del atolladero honradamente, si nos ceñimos a los principios que Mr. Wilson predicó una vez. Esto puede ser dificil. Puede tomar tiempo. Pero bien vale la pena de intentarse. Cualquiera demora y cualquier esfuerzo es preferible a aceptar un tratado de paz que es deshonroso y una Liga que les impone a los americanos el nuevo papel de co-explotadores de los pueblos débiles y co-carceleros de la libertad.

Luz sobre Rusia al fin

ARTHUR RASNOME Y OTROS

(Del "Pearson Magazine")

Este no es el único libro bueno sobre Rusia con que me he topado desde la revolución de Noviembre de 1917, pero es casi el único libro de verdadera importancia. (Todos los que deseen saber algo acerca de Rusia, de la Rusia de hoy, y acerca del bolshevismo y del gobierno establecido por Lenin y Tretzky, no deben perderse una palabra de este libro. Es corto, demasiado corto, pero hay vida en él, la misma vida que hoy hay en Rusia.

Conozco a Arthur Rasnome y sus obras bastante bien. Creí que su «Vida de Wilde» era un libro flojo y su «Vida de Poe» no me impresionó mucho mejor; pero este libro suyo acerca de Rusia es curiosamente sencillo y sincero; la obra de un verdadero buen repórter que desea decir lo que ha visto. El libro no contiene propaganda. Rasnome confiesa desde el principio que él no tiene conocimientos bastantes de Economía o del Comunismo para intentar la defensa del bolshevismo, pero la impresión que deja el libro es la de que Lenine y Trotzky han realizado casi lo imposible.

Rasnome empieza por indicar que la mayor parte, si no todas, las atrocidades atribuídas a los bolsheviquis han salido de la imaginación de sus enemigos. En uno de los coches del ferrocarril nos presenta el caso, muy frecuente, según él, de un pasajero hablando pestes de los bolsheviquis. "Se le contradice y discute, pero sin violencia, sin ningún síntoma de castigo." Todos y cada uno de los funcionarios bolsheviquis parece que cumplen su cometido lo mejor que pueden, soñando a todas horas con una paz que no llega nunca.

Rasnome hace el relato de un hombre que después de la revolución de Noviembre socializó su zapatería y se puso a trabajar a medias con sus operarios. La primera pregunta de Mr. Rasnome fué la de "si estos hombres trabajaban más después que eran dueños de una mitad del negocio." "No—se apresuró a responder el sobrino del zapatero;—no hay cambio apreciable en la cantidad del trabajo hecho."

Hay un curioso realismo ruso en el libro, que clava los hechos en nuestra memoria. Rasnome habla con un viejo siberiano en destierro que está tratando de enseñar Matemáticas en Moscow, pero que se queja de que no tiene libros. "Yo soy como un maestro de la Edad Media"—dice—; carezco del necesario equipo; pero, al igual que él, tengo discípulos que están locos por aprender."

En otra ocasión, un ruso de cultura, hablando del lento y terrible deterioro de todas las cosas bajo el bloqueo, le dice: "Pero, mirando las cosas por otro lado, creo que aun con la continuación del bloqueo lograremos restablecer las cosas nuevamente, más pronto que en cualquier otra parte, ya que

contamos con materia prima suficiente en nuestro país. Con nosotros la cuestión depende de los transportes, de los transportes dentro de nuestras propias fronteras. Yo estoy convencido de que, en pocos años, a despecho de todo lo que se alza contra nosotros, Rusia será un sitio para vivir mejor que ningún otro de Europa. Pero hemos tenido que afrontar tiempos muy malos. Y no solamente nosotros. Los efectos de la guerra son escasamente visibles todavía en el Oeste, pero ya están haciéndose notar."

¿No suena esto como una aplastante verdad?

Entre tanto los teatros están todos abiertos y Rasnome nos dice que los aplausos, como los cerebros, han descendido de la galería hasta las butacas. Una vez y otra vez se muestra sorprendido de "lo inteligente de la concurrencia." Y nos cuenta cómo el pueblo se retira tranquilamente a sus casas por la noche, a través de las calles obscuras. Este capítulo lo termina con las siguientes palabras: "La revolución se está afianzando y aquietando, y el pueblo ahora piensa en otros asuntos que nada tienen que ver con la antigua pregunta: "¿durará una semana o durará dos?"

Ningún capítulo del libro es más importante que el capítulo que habla de la Comisión de Construcciones Nacionales bajo la jefatura de un tal Pavlovitch. He aquí la descripción que hace Rasnome:

"Pavlovitch es un hombre pequeño, gordo, con espejuelos, tiene una calva festoneada con los restos de un cabello rojo y una barbita también tirando a rojo. Estaba vestido con pantalón y chaqueta negro. Se quejaba amargamente de que todos sus planes para obras varias de ingeniería encaminadas a aumentar la potencialidad productiva del país, habían sido imposibilitados por las demandas imperiosas de la guerra.

"Y la guerra lo echa todo a perder—continó apasionadamente—. Esta comisión debe estar trabajando en cosas de paz. Haciendo a Rusia más útil para sí misma y para el resto del mundo. Usted conoce nuestros planes. Pero con una guerra en cada uno de nuestros frentes y con nuestros mejores hombres fuera, nos vemos obligados a usar el noventa por ciento de nuestras fuerzas y materiales para las necesidades inmediatas del ejército. Todos los días recibimos montañas de telegramas de todos los frentes, pidiéndonos esto o aquello.

"Aunque se ha hecho y se está haciendo mucho, la mayor parte de nuestra fuerza actualmente la tenemos que dedicar a la reparación y construcción de ferrocarriles y caminos para uso del ejército. Más de 11,000 versts de vía ferroviaria tenemos en construcción y hemos terminado el ferrocarril entre Arzamas y Shikhran. 1,200 versts de carreteras tenemos en construcción. Y para atender a las necesidades inmediatas del ejército, hemos tenido que reparar o construír 8,000 versts de caminos de varias clases. Realmente, el ferrocarril interior de Rusia no es de ningún modo tan malo como cree la gente. Mediante él, así acorralados como estamos, hemos podido vencer a los contrarrevolucionarios y concentrar nuestras mejores tropas en puntos distintos, aquí hoy y hallá mañana, donde quiera que la necesidad lo ha indicado. No pierda usted de vista que alrededor de todas nuestras enormes fronteras nosotros nos hemos visto obligados a luchar con los ejércitos de los reaccionarios, apoyados primero, en su mayor parte, por los alemanes, ahora por ustedes, por los rumanos y los polacos. Nuestras mejores tropas, aquellas en que hay más trabajadores, tienen que estar marchando en todas direcciones. ¡Pero qué derroche tan lamentable de tiempo y de oportunidades cuando hay tantas otras cosas que quisiéramos hacer!

La verdadera verdad

Y el hombre concluye así: "Nosotros no podríamos sostener la lucha que estamos sosteniendo contra los reaccionarios, si no fuera por el verdadero espíritu revolucionario del pueblo todo. Los reaccionarios tienen dinero, municiones, suministros de todo género, instructores del exterior, etc. Nosotros no tenemos nada, y sin embargo, los derrotamos. ¿Sabe usted que los ingleses les han dado tanques? ¿Sabe usted que en un sitio ellos usaron gas, o algo parecido, y dejaron completamente ciegos a 800 hombres? Y sin embargo, vencemos. ¿Por qué? Porque cada pueblo que capturamos nos significa un aumento de fuerza. Y cada pueblo que toman ellos se les vuelve una fuente de debilidad: un pueblo más que guarnicionar y mantener contra los deseos de la población."

—"Y si ustedes obtienen la paz, que harán entonces?...

—"Nosotros queremos traer del exterior todo lo que aquí no podemos hacer. Necesitamos cien mil versts de rieles de acero. Ahora lo que estamos haciendo es sacar los rieles de un sitio para ponerlos en otro. Necesitamos construír nuevos ferrocarriles. Necesitamos dragas para nuestros canales y ríos. Necesitamos material de excavación...

"Pagaremos en concesiones, dándoles a los

extranjeros el derecho a proveerse de nuestras materias primas. La madera, verdadera madera, es como dinero en mano. Tenemos grandes áreas de bosque en el Norte y no hay país en Europa que no necesite madera. Esa será nuestra moneda para comprar en el exterior."

Las palabras con que cierra Rasnome esta memorable conversación son:

"Cuando regresaba al hotel, me encontré una partida de soldados ingleses, traídos como prisioneros del frente Norte. Se paseaban libres, sin ninguna escolta, por calles y plazas."

Lenine

Precisamente donde yo esperaba que el libro de Rasnome tomase más vuelo, al retratar el espíritu del maestro de la revolución, advertí que decae lamentablemente y se queda corto. El alma de Lenin no se nos muestra de ningún modo, a pesar de que Rasnome reconoce que es un gran hombre y que ha hecho grandes cosas. Rasnome comienza bien:

"No importa—dice—lo que se piense de él, ni aun sus propios enemigos niegan que Vladimir Ilyitch Oulianov (Lenin) es una de las más grandes personalidades de la época presente."

Y eso es todo. Pero Rasnome nos dá un poco de conversación con Lenin, y este poco es curiosamente bueno, lleno de penetración genial.

Hablando de Shaw, Lenin dijo que recordaba haberle oído en un mitin. Y agregó: "Shaw es un hombre magnífico, caído entre fabianos." (Se alude aquí a la Sociedad Fabiana, uno de cuyos fundadores es Shaw.—N. del T.).

La frase es tan justa que por la primera vez sospeché que Rasnome abultaba la verdad. "Caído entre fabianos" me sugiere a Londres, no a Moscow.

Lenin se volvió irritado contra un interlocutor que dijo que Shaw era un payaso. "Puede que sea un payaso para el burgués en un país burgués, pero éstos dejarían de creerle payaso en una revolución."

Sobre otro inglés ilustre, Sidney Webb, de ideas socialistas, preguntó si estaría deliberadamente trabajando por los intereses de los capitalistas, y cuando yo manifesté que estaba seguro de que no, dijo: "Entonces hay que convenir en que tiene más industria que sesos. Realmente, es un hombre de inmenso saber."

Se manifestó enteramente convencido de que Inglaterra estaba en vísperas de una revolución. "Nadie puede parar una revolución, por más que Mac Donald se empeñe en ello hasta el último instante. Huelgas y Soviets. Si estos dos hábitos prenden, nadie se los puede quitar al obrero. Y los Soviets, una vez en marcha, tarde o temprano acaban por asumir el poder supremo."

Pero Lenin trata de ver las cosas imparcialmente, pues a renglón seguido manifestó: "Pero es seguro que una revolución sería mucho más difícil en Inglaterra. Su numerosa clase de grandes dependientes y pequeños tenderos se opondrá fuertemente, hasta que los obreros la quebranten. Rusia es verdaderamente el único país en que la revolución podía comenzar. Y aun aquí no estamos todavía libres de dificultades con los agricultores.

Lenine feliz

Todo eso está bien, pero no ilumina mucho. La facultad de ver bien a Shaw y a Webb, los dos extranjeros, denota extraordinaria visión en Lenin; pero yo todavía quisiera conocer el alma del hombre que ha conservado en marcha una república comunista durante dos años, sosteniendo además, victoriosamente, una docena de guerras defensivas contra los tres grandes poderes militares del mundo. Un doctrinario superficial, como lo pintan sus enemigos, no hubiera podido en tan críticas circunstancias mantener la revolución por una semana. Lenin, por consiguiente, debe tener alma y genio; pero, en el momento crítico, cuando esperamos ver el corazón de Lenin, el libro de Rasnome nos dá sólo esta vislumbre de su exterior:

"Lenin me hizo la impresión de ser un hombre feliz. Cuando me retiraba a mi casa de vuelta del Kremlin, venía pensando si habría algún otro hombre dotado de un temperamento tan alegre como el suyo. No pude pensar en ninguno. Este hombre pequeño, calvo, arrugado, que se mueve nerviosamente en su silla, riéndose cordialmente de esto o de aquello, listo en cualquier minuto a darle un consejo serio a cualquiera que le interrumpe para pedírselo, consejo tan bien razonado que para sus partidarios significa más que una orden... cada una de sus arrugas es una arruga de risa, no de preocupación. Yo creo que la causa de esto es que él es el primer gran caudillo que descuenta completamente el valor de su propia personalidad. El está enteramente despojado de toda ambición personal. Es más, él cree, como un buen marxista, en el movimiento de las masas, las que, con él o sin él, seguirían su marcha. Toda su fé está en las fuerzas elementa-

les que mueven el cuerpo social. La fe en sí mismo es sólo resultado de su creencia de que él sabe ver bien la dirección de estas fuerzas. El no cree que ningún hombre podría hacer o parar una revolución. No es tanto lo que él dice lo que inspira confianza en su persona. Con su filosofía peculiar, él no puede ni por un momento, creer que el error de un hombre pueda arruinarlo todo. El es, al menos para sí mismo, el exponente, no la causa, de los acontecimientos que para siempre estarán asociados a su nombre.

Aunque este libro no escala grandes alturas, es un libro bien interesante. Tengo que agradecerle a Rasnome la pequeña luz que nos da, que ya eso es mucho en estos días de sombra.

Habla el mismo Lenine.—Ataca el Tratado de Paz—Su propia explicación del régimen Soviet

(Reproducido del "New York American", de Septiembre 7)

En un manifiesto dado al Corresponsal en Rusia de la «International News Bureau», de Boston, y transmitido por cable desde Moscow con fecha 15 de Agosto, Lenin habla así:

"Aprovecho gustoso esta oportunidad de hablarle al pueblo americano por conducto de la «International News Bureau», pues de la índole de los informes que llegan a su país, yo sé que nuestra causa está padeciendo considerablemente las consecuencias de una exposición sistemáticamente tergiversada.

Se le pinta Rusia a los extranjeros como una inmensa región en la que nada que se asemeje a orden y garantía personal es posible; donde los bolsheviquis persiguen y asesinan constantemente a todo el que no está de acuerdo con ellos. Se nos describe como si fuéramos una simple minoría que mantuviese al resto de la población sujeto por una saturnal de crímenes y terrorismo.

"Ojalá que el verdadero pueblo pudiese visitar a Rusia y ver por sí mismo las cosas que hemos realizado en el corto período que hemos estado en el poder. Si ellos pudieran ver Petrogrado y Moscow sumidos por la noche en completa obscuridad, por falta de combustible, tan tranquilas y seguras como las calles más concurridas de las grandes ciudades de Europa y América en pleno día; si ellos pudieran ver a las gentes yendo y viniendo en el curso de sus asuntos de una manera ordenada y sistemática mientras al mismo tiempo nuestro Ejército Rojo está luchando heróica y victoriosamente en muchos frentes, forzosamente tendrían que llegar a la conclusión de que no todas las noticias de Rusia se basan en la verdad.

El pueblo satisfecho

"Nosotros estamos en posesión de la gran Rusia y pronto seremos prácticamente dueños de casi todo el territorio un tiempo comprendido dentro del Imperio ruso. El pueblo ruso lo ha querido así y no descansará hasta que su sueño se haya realizado.

El gran error en el exterior es la creencia de que solamente unos pocos en Rusia están resueltos a mantener la República Rusa de los Soviets Federados. La verdad es que solamente unos pocos desean derribarla.

Estos pocos, virtualmente burgueses todos, encuentran que bajo el régimen Soviet tienen que dedicarse a alguna clase de trabajo útil para poder tomar parte en el Gobierno de Rusia y su género de vida anterior les impide apreciar la equidad y belleza de tal sistema.

"La guerra reciente fué promovida con el fin de ver si era el imperialismo político presidido por Alemania, o el capitalismo político regido por Inglaterra y Estados Unidos, el que habría de quedarse con todo el comercio y oportunidades financieras del mundo conocido.

"La república rusa de los Soviets es enemiga de estos dos imperialismos y ha sido combatida por ambos. Está siendo combatida actualmente por el último sin ninguna declaración formal de guerra, y seguirá siendo combatida de igual modo hasta que el pueblo sano del mundo se dé cuenta de la verdadera significación de nuestra lucha.

"Verdad es que no todo el poder militar combinado de mar y tierra de los aliados se ha puesto en juego contra nosotros, pero esto es probablemente debido al hecho de que les falta el apoyo moral incondicional que requiere una empresa de tal índole. Las potencias aliadas protestan día tras día ante sus pueblos respectivos de que ellas no están haciendo armas contra nosotros, sin embargo de lo cual, los hombres siguen cayendo en el

campo y nuestra tierra padece los horrores de un bloqueo económico mantenido con la intención de someternos por hambre.

Quejas contra los aliados

"Esto podrá no ser guerra, pero se parece mucho a la guerra. Nosotros no deseamos estar en guerra con ninguna nación, pues sabemos que en casi todos los casos son los trabajadores los que corren todos los peligros y nos vemos forzados a matar a aquellos contra quienes ninguna queja tenemos, a aquellos que, si nos conocieran bien, jamás nos combatirían. Es posible que este mensaje lleve alguna luz a sitios que ahora están en tinieblas y que así una mejor inteligencia pueda conducirnos a la paz que el mundo tan urgentemente necesita.

"Rusia es un país muy grande, que se extiende desde el Mar Báltico hasta el Pacífico y desde el Artico hasta los mares Negro y Caspio, y colinda con China y está cerca de la India.

"Rusia era y es predominantemente un país agrícola, con un crecimiento industrial rápido, en tiempos recientes, en sus principales ciudades. Nuestros elementos más numerosos eran el proletariado de la ciudad y los labriegos sin tierras. Esta es la fuente de nuestra fuerza. Nosottros advertimos que una alianza entre estos dos elementos no podía romperse si se lograba establecer un lazo entre ellos; ningún otro de los elementos que aspiraban al poder en Rusia tuvo valor bastante para arrostrar esta verdad elemental y actuar de acuerdo con ella.

"El orden viejo se ha ido para siempre; sólo nosotros sobrevivimos.

La cuestión de las tierras

Los labriegos estaban deseosos de una solución del problema agrícola, pues ellos continuaban trabajando duro y soportando una gran pobreza bajo las condiciones históricas de grandes propiedades poseídas por los nobles y por la opulenta burguesía agrícola, de igual modo que sucedía en Francia en la época de la Revolución. Los labriegos querían que la tierra se dividiese en pequeñas parcelas y se les repartiese. Ninguno de los elementos que nos precedió en el Gobierno se encontró nunca con fuerza bastante para abordar este problema, pues todos los gobiernos anteriores estaban dominados por los grandes terratenientes.

"Los bolsheviquis fueron desde el principio defensores ardientes de la idea de que todo el poder habría de residir en los Soviets. Los obreros y los labriegos formaban parte de las Juntas, o Soviets, formadas o por formarse, en toda Rusia y en Siberia. Los bolsheviquis eran un partido de paz, ellos deseaban lograr un período de calma exterior que les permitiese implantar sus nuevas instituciones. Ellos no podían por más tiempo participar en querellas de imperialismos rivales. Ellos se veían con tantos puntos de interés común, y eran tan amenudo hostilizados por el mismo grupo, que, no sólo económicamente sino también psicológicamente, se sintieron unidos. Al grito de paz y pan, los bolsheviquis fueron llevados al poder; y conquistamos la confianza de nuestros partidarios procediendo sin demoras al cumplimiento del mandato que se nos había dado tan categóricamente.

Al momento comenzamos negociaciones de paz con los alemanes, después de haber intentado sin éxito que todos los beligerantes consintieran en una tregua para conversaciones de paz. Nosotros formulamos el plan para una paz sin indemnizaciones, sin anexiones, y con 'la propia determinación' para todos los pueblos. Pero nos vimos forzados a aceptar «la paz de bandidos» impuesta en Brest-Litovsk; sin embargo, estábamos seguros de que aquella paz no subsistiría, porque los obreros de Alemania no la tolerarían.

"La paz de París se asemeja fuertemente a la paz de Brest-Litovsk, sólo que abarca proporciones mucho mayores. Probablemente, tendrá la misma suerte que tuvo el tratado de Brest, bien a causa de la oposición resuelta del pueblo sano de muchos países, bien por la imposibilidad de dar cumplimiento a sus condiciones.

Ambos tratados son tratados imperialistas impuestos a un enemigo derribado, pero en ninguno de los dos casos se contó con la opinión pública en el interior de cada nación.

La fuerza de los labriegos

Nuestros obreros encontraron a los labriegos apoyando sus demandas; los labriegos encontraron a los obreros apoyando las suyas. Nuestros labriegos podían fácilmente conceder aumentos de salario y control de factorías al obrero, porque ellos, los labriegos, no eran dueños de la industria; el obrero podía sin regateos apoyar al labriego en la expulsión del gran terrateniente, porque él, el obrero, no tenía interés ninguno en la tierra.

El lazo común de sentirse mutuamente útiles los unos a los otros, los trajo rápidamente a un punto de vista desde el cual podían apreciar todos los problemas rusos a la luz de los mejores medios de ayudarse mutuamente.

Estos dos elementos predominantes resolvieron así constituír un gobierno que los beneficiase a ambos, pues ambos eran, con mucho, el más numeroso elemento de Rusia.

"Los obreros rusos adoptaron el criterio de que cualquiera podía incorporarse a uno de ambos grupos con sólo estar dispuesto a trabajar para ganarse la vida, y así toda la Rusia sería enriquecida prodigiosamente. Los bolsheviquis vieron lo inevitable de esta inteligencia entre los obreros industriales y los labriegos y advirtieron que si a éstos se les presentaban buenos planes para el mejoramiento de la condición humana, ellos no dejarían de investir con la autoridad necesaria para su realización a los proponentes; y de ahí que nos hicieran sus líderes.

Los bolsheviquis han estado en el poder veintiun mes y están hoy más fuertes que nunca. Ningún gobierno otro que el nuestro ha durado mucho en Rusia. Necesario es admitir que existe antibolshevismo, pero no en Rusia. Aquí podemos diferir en materia de métodos, pero que haya nadie entre nosotros que aspire a volver atrás, a normas antiguas de vida, está fuera de toda posibilidad.

"Tuvimos la fortuna de tener con nosotros gentes que habían estado en América muchos años y que habían estudiado los sistemas americanos y europeos de desarrollo industrial desde un punto de vista práctico y teórico. América le ha dado al mundo el más avanzado tipo de organización de uniones obreras.

"Esta forma de unionismo aparece naturalmente cuando la maquinaria entra en un grado alto en la producción, porque hace de todos los obreros meros auxiliares de las máquinas y las líneas de casta de oficio a oficio acaban por borrarse. Nosotros estudiamos la idea americana para constituír grandes Uniones y la hallamos buena. Nos propusimos, tanto como las condiciones lo permitieran, modelar nuestras industrias siguiendo el mismo plan.

"Advertimos que las localidades habían también de ser representadas, de igual modo que las industrias, y así las flexibles Soviets se hicieron de tal modo que participasen del carácter del unionismo industrial, al mismo tiempo que permitieran la representación de aquellos que estrictamente no pertenecían a la gran Unión. No hay plan alguno que sea aplicable en todas y cada una de las circunstancias, y así, aun cuando las Soviets, tal como las hemos formado, marchan bien aquí, tendrían quizás que ser considerablemente modificadas en otros países.

"Lo principal, sin embargo, que era el control del Gobierno por aquellos que verdaderamente hacen todo el trabajo útil necesario, es aplicable en todos los casos. El plan general de una Gran Unión, con su administración central, y la agrupación de varios organismos de producción y distribución bajo cuerpos administrativos adecuados, componiéndose la Administración Central de los delegados de las distintas secciones, es un mecanismo de gran precisión y orden para el manejo de la industria. El total de este inmenso cuerpo, respondiendo inmediatamente a los miembros de las uniones subordinadas, es una realización de la democracia industrial dotada al mismo tiempo de la más alta eficiencia.

"Hemos nacionalizado el negocio bancario, un renglón éste que nos ha traído más odio y ha creado más terror que todo lo demás de nuestro régimen. El poder del dinero había crecido en tales proporciones que estaba dominándolo todo y nosotros procedimos a encargarnos de él y a administrarlo como una institución pública, para el bien común.

"Nosotros hemos hecho al hombre trabajador jefe supremo; los trabajadores son los únicos elegibles para participar en funciones del Gobierno. Por trabajadores nosotros entendemos labriegos y obreros de taller, incluyendo a los maestros, médicos, y a todos aquellos que coadyuvan con su labor a llenar las necesidades de nuestra civilización. Nosotros llamamos a este régimen la «dictadura del proletariado». Esto no es nada nuevo, nada que deba suscitar alarmas en ningún trabajador.

La dictadura del proletariado es una cosa transicional, que desaparecerá rápidamente, tan pronto como todos seamos trabajadores. La estructura de nuestro Gobierno, una vez conocida, pondría inmediatamente fin a la versión tan corriente en el exterior de que Rusia está ahora regida por dos hombres. Al contrario, nuestro pueblo actualmente funciona con un Gobierno que responde inmediatamente a sus dictados. Ellos eligen como representantes a aquellos a quienes conocen y a quienes pueden confiar un mandato público para ser ejecutado. Elecciones frecuentes con el derecho de «recall» impiden la usurpación del poder por ningún elemento.

En los primeros días de la subida de los bolsheviquis al Poder, tropezamos con la gran dificultad de que los expertos técnicos se negaban a participar en la producción, pero éstos han reingresado en la industria y están prestándonos ahora los más esplén-

didos servicios. En realidad, los más altos emolumentos morales los conquista siempre quien sirve a la sociedad honradamente, y el estímulo de este servicio a la sociedad resulta en la práctica más grande que el del salario en dinero.

Nuestra fuerza radica en el hecho de que los dos más poderosos elementos de Rusia, el proletariado de la ciudad y los labriegos del campo, están con nosotros. Ninguna fuerza de fuera puede contrarrestar la de tal unión para subyugarnos.

El temor del proletariado doméstico impide a los gobiernos imperialistas el echarse sobre nosotros con todo su peso. Por tal razón, los aliados tratan de disfrazar la guerra incesante que nos hacen simulando que Finlandia, Lithuania, etc., son las que mantienen la guerra."

Carta abierta al Presidente Wilson

JOSEPH W. SHARTS

(Que fué uno de los abogados que llevaba la defensa del célebre apóstol del socialismo americano, Eugenio V. Debs, en el juicio en que se le condenó a diez años de presidio por supuesta infracción de la ley de espionaje promulgada durante la guerra.)

Señor Presidente: No formulo ésta en forma de petición, por dos razones: la una, porque dudo que llegue hasta usted, allá en su dorado trono de Francia, desde donde le administra democracia a un mundo arrodillado. La otra, porque no creo que haya entre sus dones nada suficientemente grande o suficientemente pequeño que yo pudiera aceptar desde que usted consintió que sus sabuesos condenaran a Eugenio V. Debs a diez años de presidio.

Usted nació en Staupton, Virginia, en 1856, señor Presidente. Dos años más tarde usted se trasladó con su familia a Augusta, Georgia. Su padre, el Reverendo Josep R. Wilson, llegó a ser uno de los más prominentes oradores sagrados del Sur. Y para uno que entiende algo de materialismo histórico, esto equivale a decir que su padre, aunque de Ohio, era uno de los más ardientes defensores de la esclavitud del negro, ya que de otro modo él no hubiera podido conservar su púlpito o su popularidad en el Sur en aquel momento especial.

Cuando la rebelión de los esclavistas estalló y los alzados en armas marcharon contra "la bandera de las franjas y las estrellas," su padre, según nos informa su biógrafo de usted, era un conspicuo defensor de la confederación.

Si esto significa algo, significa que su padre, señor Presidente, abiertamente abogaba por la caída del Gobierno de los Estados Unidos; abiertamente alentaba a los hombres para que cogiesen el fusil y disparasen contra los soldados americanos que entonces estaban defendiendo la bandera de las franjas y las estrellas.

¿Qué significaría tal conducta bajo la actual ley de espionaje?

Debs nunca llegó a tanto, señor Presidente. Yo estaba cerca de él cuando él hizo aquel discurso de Canton, y no perdí una sola palabra. El no dijo nada de la guerra; fustigó a los plutócratas y a sus instrumentos en la política; habló de la condena ilegal de Tom Mooney, Rose Pastor Stokes y Kate Richards O'Hare; se atrevió a defender a los I. W. W. (Industrial Workeas of the World—trabajadores industriales del mundo) de las infames calumnias de la prensa capitalista y se atrevió también a expresar sus simpatías por la revolución obrera de Rusia. Y fué por esto—no porque incitara a la desobediencia de los mandatos del Gobierno—que fué señalado para un duro castigo por sus subordinados.

Si Eugenio Debs merecía diez años de presidio por lo que dijo acerca de los Estados Unidos en tiempos de guerra, ¿qué tenía que haberse hecho con su padre, señor Presidente?

Si Mr. Haywood y sus cien I. W. W. merecieron sentencias de diez, quince y veinte años en las prisiones de Leavenworth, ¿dónde hubiera tenido que ir su padre a pasar sus últimos años?

Si Mollie Stimer y los otros cuatro niños fueron condenados a quince y a veinte años de lento envenenamiento penitenciario, por circular hojas sueltas en favor de la paz... ¿era justo que la vejez de su padre transcurriese bajo la bendición del sol, aspirando el dulce aire de la libertad y libre de todo infame contacto con los horrores de un presidio?

Y al hablar de niños, señor Presidente, usted mismo era un muchacho cuando la guerra abolicionista terminó. ¡Cuántas veces usted habrá lanzado al aire su gorra y prorrumpido en alegres gritos al presenciar el desfile de los soldados de la confederación! Sí; y muy natural en un muchacho. usted debió muchas veces acariciar entonces el anhelo de ir, usted también, fusil al hombro, a matar yankis.

¿Qué clase de delito sería ese ahora, bajo la ley de espionaje? Pregúntele al Juez Clayton, o a cualquiera de los otros jueces o fiscales federales que han venido tan celosamente realizando contra los radicales lo que ellos consideraban el deseo de usted.

Entre sus recuerdos de infancia, figura, creo, el haber visto a Jefferson Davis cuando pasaba camino de la cárcel, custodiado por un pelotón de soldados federales.

Jefferson Davis, que fue Secretario de la Guerra y más tarde Senador de los Estados Unidos, había llegado a ser el organizador principal de la rebelión armada contra los Estados Unidos. Había laborado noche y día para levantar ejércitos que destruyesen el Gobierno de los Estados Unidos y él y sus compañeros conspiradores habían causado la muerte de cientos de miles de leales.

Comparados con estos actos subversivos de Jeffserson Davis, ¿qué dice usted de las palabras subversivas o de los actos de los socialistas, de los I. W. W., o anarquistas durante la reciente guerra?

¿Cuál fué el castigo de Jefferson Davis, aquel archi-traidor, aquel archi-rebelde? Fue encerrado algunos meses en Fuerte Monroe... y luego puesto en libertad.. Nunca fué condenado, ni siquiera enjuiciado. Se le dejó completamente libre!

Compare ese tratamiento magnánimo con el tratamiento de su gobierno a sus críticos. ¿Acaso no es usted igual en magnanimidad al presidente Andrew Johnson?

¿Tiene el Gobierno de los Estados Unidos alguna razón para reprocharse su propia magnanimidad para con los «traidores» y rebeldes? De esto sabe usted más que yo... Usted que pasó su infancia y juventud entre los demócratas beneficiados por aquella magnanimidad.

Aquí mismo, en esta pequeña ciudad de Dayton, vivió y floreció durante la guerra civil un miembro distinguido—como su padre y como usted mismo—del partido demócrata. Su nombre era Clement L. Vallandingham. Y de igual modo que otros miles de demócratas en el Norte, él no aprobaba la guerra. El estaba especialmente en contra de la Ley del Servicio Obligatorio. Y cuando el Presidente Lincoln, temeroso de una invasión armada y de un levantamiento de los demócratas del Sur en el Norte, suspendió el privilegio del auto de habeas corpus, Mr. Vallandingham formuló públicamente su protesta. Y habló en un mitin demócrata celebrado en Mount Vernon, Ohío, de igual modo que Eugenio Debs, cincuenta y seis años después, habló en el mitin socialista de Canton, Ohío. Sólo había esta diferencia: Vallandingham denunció abiertamente al presidente Lincoln como un tirano y usurpador, en tanto que Debs ni siquiera censuró a usted ni a sus medidas de guerra.

Por aquel discurso Vallandingham fué arrestado en su casa una noche, aquí en Dayton, y trasladado a Cincinati. Se le sometió a juicio, se le declaró culpable y se le condenó a prisión «mientras durase la guerra».

Compare esto con la manera cómo su Gobierno procede contra sus críticos hoy día.

Más tarde el presidente Lincoln conmutó la sentencia de Vallandingham, de quien decía que no era más que un «astuto agitador», por la de expulsión. Y Vallandingham fué escoltado hasta dejarle libre en el campo enemigo.

Su Gobierno ha venido en estos últimos tiempos metiendo la mano en el asunto de las deportaciones. Se nos ha informado que usted piensa embarcar varios miles de radicales, arrebatados repentinamente, y a menudo secretamente, de entre sus esposas, hijos y amigos, para ser arrojados, sin ninguna clase de recursos, en otras tierras del otro lado del mar, donde muchos de ellos quizás perecerán.

Quizás usted cree que Lincoln era demasiado «suave» al lidiar con sus adversarios públicos. Pero ahora, señor Presidente, al llamarle la atención hacia estas materias, yo me he sentido animado por la idea de que usted, como erudito en Historia, como historiador que es usted mismo, debe saber que «la bota de acero» es un anacronismo, un tosco adminículo universalmente desacreditado desde que Bismarck hizo aquellos enormes esfuerzos, y sufrió aquellos enormes fracasos, al querer aplastar el socialismo en Alemania. Por cada radical que usted arroje a la cárcel, usted hará veinte que creerán que tal martirio es el signo de una grande y eterna verdad.

Por cada radical que usted deporte, usted hará que surjan cien que reconocerán en estas medidas suyas las tácticas típicas de los zares y déspotas de todas las tierras y todos los tiempos.

Me puedo permitir sugerirle que—con la

ola roja avanzando tan rápidamente hacia el Oeste desde Rusia, ya inundando Austria, Rumania, Alemania y aproximándose a Italia, Francia e Inglaterra, y con los gobiernos aliados, perplejos y en quiebra de resultas de la guerra—sera indudablemente más propio de un estadista, más prudente, más conducente a la salud y seguridad de la clase capitalista y de la clase media en los peligrosos días que se avecinan, que usted abriese de par en par las puertas de la cárcel e invitara a todos estos prisioneros políticos y deportados a salir al aire libre para que los rayos del sol y las refrescantes brisas eliminen de sus almas todo miasma de venganza y rencor..."

La intervención en Hungría

H. N. BRAILSFORD

(Reproducido del "London Herald")

En las cláusulas del armisticio bajo el cual Hungría se rindió hace nueve meses, los aliados hicieron una promesa solemne. Esta fué la de que no intervendrían en los asuntos interiores de Hungría. En los primeros meses cumplieron su palabra. Le permitieron al antiguo reino que renunciara a su monarca Hapsburgo, que despachase al representante de éste, el archiduque, y que estableciese una república. Todo esto fué hecho por líderes que actuaban sin ningún mandato del pueblo. Los aliados miraban y no hacían nada para intervenir. En Marzo surgió la revolución social. Fué un cambio sin derramamiento de sangre, en que el Poder fué transmitido pacíficamente, sin el menor síntoma de violencia, de manos del presidente, el Conde Miguel Karoly, a manos de los caudillos de dos partidos: el demócrata-social y el comunista. El nuevo gobierno no era menos regular que el anterior. Y todo hubiera seguido marchando bien, si no se hubiese procedido a celebrar elecciones. Pero el Gobierno las celebró, y las celebró, desgraciadamente para él, bajo el sistema Soviet. Esto para los aliados es equivalente a una declaración de guerra.

Yo me enteré, en la mejor fuente, cuando estuve en Viena el pasado Abril, del aviso que el jefe militar inglés dió al Gobierno de Austria. "Ustedes pueden, si ello les place, llevar a efecto legislación de tendencias socialistas. En eso no nos meteremos. Una cosa, sin embargo, no estamos dispuestos a tolerar. No les podemos consentir de ningún modo que establezcan un sistema de Soviet." Lo que haya dentro de este sistema Soviet que tanto disgusta a nuestros amos, yo no lo sé. Lo que sé es que muy bien puede haber Soviets sin socialismo. Los Soviets son simplemente un plan por virtud del cual los electores están agrupados según sus oficios, en lugar de estarlo por distritos, eligiéndose directamente el gabinete, de igual modo que el jefe ejecutivo de nuestro propio partido laborista.

El castigo por los Soviets

A los diez días de las elecciones de los Soviets en Budapest, comenzó la intervención aliada. El ejército rumano invadió, a esta invasión siguió la de los zchecoslovakios, mientras que bajo las alas de la oficialidad francesa, una «guardia blanca» realista y contra-revolucionaria fué surgiendo en el territorio ocupado. Durante los tres meses de guerra que siguieron, el ejército «Rojo» obtuvo grandes victorias, pero por fin los rumanos comandados por los franceses lograron ponerse a veinte millas de Budapest.

Parece que los aliados han acabado por darse cuenta de que los «blancos» húngaros que querían ofrecerle el trono a un príncipe servio no tenían arraigo en el país, o más bien fue que Italia (que no mira con buenos ojos a los servios) interpuso su veto al plan. Después de negociaciones misteriosas en Viena, se ha llegado a una transacción. Bela Kun es eliminado y un gabinete moderado del partido social-demócrata tomará el poder de las manos de la combinación socialista-comunista. Por supuesto que hay todavía tres o cuatro de los antiguos colegas de Bela Kun formando parte del nuevo ministerio, pero no son hombres de su mismo temple.

La intervención ha comenzado: la intervención continuará. El ejército Rojo será desmovilizado; pero los rumanos permanecerán en las afueras de Budapest. Día tras día este desdichado Gobierno social-demócrata recibirá órdenes de sus amos y se tratará de no dejar nada en pié de lo que hizo el Gobierno comunista. Bela Kun era un hombre de orden, firme, valiente, pero enemigo de

derramar sangre. Su record no se manchó jamás de terrorismo. El sabía, sin embargo, que cualquier gobierno socialista que realmente «socializase» tendría inmediatamente en su contra a los amos de los ejércitos del mundo. El sabía que sólo se les toleraría sí, al igual que los socialistas mayoritarios de Alemania, se convertían (como ha dicho el «Times») "en algo casi imposible de distinguir de un gobierno burgués."

Presión económica

Van a celebrarse elecciones para una Asamblea constituyente. Por supuesto que es teóricamente posible que pueda salir de ellas una mayoría socialista. Los aliados, sin embargo, tienen los medios de impedirlo. Lo que ocurrió en Polonia puede repetirse en cualquiera otra parte. Los aliados allí se negaron a «reconocer» al primer gabinete constituído por socialistas y campesinos bajo la presidencia de Moraczewski. No pudo este gabinete conseguir ayuda ninguna, en provisiones, dinero o armas, y cayó para abrirle paso a Paderewski y a sus amigos más conservadores. Por supuesto que éstos sí que fueron reconocidos. En las elecciones que siguieron, cada sacerdote predicaba así desde el púlpito: "Si ustedes desean que los aliados nos envíen alimentos y vestidos y nos equipen nuestro ejército, deben votar por Paderewski," mandato que el pueblo obedeció humildemente. Creo que me sería fácil componer un sermón electoral parecido para los curas de Hungría. "¿Deseáis, hermanos míos, que se levante el bloqueo? ¿Deseáis carbón para el invierno? ¿Deseáis materias primas para las fábricas paralizadas? ¿Deseáis medicinas e hilas para los enfermos en los hospitales? ¿Deseáis dinero para comprar ropa? Pues, si es así, votad por los clericales, votad por los realistas, votad por los conservadores, y hasta por los liberales, pero recordad que votar por los socialistas es votar por el bloqueo." Eso sería una propaganda electoral más honrada que muchas de que tengo noticias. Quizás los aliados no podrían indefinidamente, de una manera formal, continuar el bloqueo contra la Hungría socialista, pero en todos los detalles de su vida económica y fiscal ellos podrían y querrían acosarla con tarifas, embargos y reparaciones que equivaldrían a la ruina. Los húngaros, pues, no votarán por los socialistas a menos que no tengan el valor de arrostrar un tratamiento igual al que recibió Rusia.

¿Qué ocurrirá en Hungría? Temo que ocurra allí lo que en toda la Europa Oriental, y donde quiera que la agricultura y no la dustria es la base de la vida del pueblo.

Polonia y Zehecoslovakia han aprobado ya leyes para dividir grandes predios agrícolas entre los labriegos. En Prusia los grandes terratenientes han sido advertidos de que se les dá dos años para la venta voluntaria de sus vastas propiedades, después de lo cual la expropiación tendrá lugar. Hungría con toda probabilidad seguirá el mismo plan. Allí sólo el socialismo había vislumbrado claramente la índole del problema y estaba creando gremios cooperativos de labriegos para trabajar en los grandes fundos mediante métodos modernos, sobre bases comunistas. Aunque el plan estaba todavía en marcha cuando salí de Hungría en Abril, no puede esperarse que progresase mucho durante los tres meses de incesante guerra y bloqueo que han transcurrido. Los labriegos, enseñados por los sacerdotes (y enseñados correctamente) que el socialismo significa la hostilidad del mundo exterior, probablemente se pronunciarán en favor de la división de las tierras. Esto significará métodos agrícolas regresivos, pero, sobre todo, significará el crecimiento de una numerosa clase propietaria que trabajará por el lucro individual y se esforzará en añadir un predio a otro predio. Tendrá en la sangre el espíritu de adquisividad y competencia. En una sociedad como esta, el socialismo no puede vivir. El feudalismo, desde luego, está desapareciendo en todas partes de la Europa Central. En su lugar, se está levantando una sociedad de pequeños propietarios, muy impregnable al conservatismo y al clericalismo. Esto retrasará todo paso hacia el socialismo, hasta que, una vez más, una generación de trabajadores «sin tierras» se haya multiplicado debajo.

Actuación de la mujer moderna

Las mujeres en el servicio civil de los Estados Unidos

A causa de las generalizada costumbre de excluír a las mujeres, no solamente en lo que respecta a nombramientos para puestos en la administración pública, sino para la simple admisión a examen, se ha establecido en la ciudad de New York una sociedad que lleva el nombre de «Federation of Women's Civil Service Organization». La plataforma de esta Federación incluye las siguientes declaraciones: admisión de las mujeres a los exámenes del servicio civil; abolición de las distinciones de sexo en la lista de elegibles; igual pago para igual trabajo en el servicio público, e igual oportunidad de ascenso; y reconocimiento del derecho de las mujeres a ocupar puestos en las comisiones de examen para el servicio civil.

La Federación ha hecho circular profusamente su programa en todo el país a fin de que las diferentes sociedades de mujeres se enteren del estado de su sexo con referencia a esta cuestión del servicio civil y puedan, en cada región, abrir campaña para echar abajo esta barrera que se opone a que las mujeres ingresen en la lista de empleos públicos por oposición.

La señora Anna Martin Crocker, presidenta de la Federación, ha dicho "que en algunos casos será necesario, para lograr el resultado indicado, la promulgación de leyes especiales; que en otros casos bastará introducir enmiendas en el reglamento de la Comisión de servicio civil, y que en algunos otros solamente será necesario un simple cambio de costumbre.

Aun en aquellos Estados en que las mujeres vienen gozando del derecho del sufragio, se les ha negado sistemáticamente, por razón de sexo, el privilegio de presentarse a examen para puestos públicos. Y esto ha tenido lugar aún durante la guerra cuando la escasez de aspirantes hombres era tal que muchas veces los puestos quedaban vacantes, u ocupados por interinos, por falta de candidatos.

La Comisión general del servicio civil en los Estados Unidos, contestando a preguntas que le fueron formuladas recientemente por la citada Federación, manifestó que no había nada en la ley del servicio civil ni en el reglamento de la Comisión que elimine a las mujeres, pero que la cuestión de decidir sobre si un hombre o una mujer ha de ser nombrado para un puesto dado, incumbe al funcionario autorizado para hacer el nombramiento. Y la Federación alega que esto en la práctica no se aplica, por cuanto de cada cuarenta y dos exámenes en la lista, treinta y uno le han sido cerrados a la mujer.

Congreso anual de Sociedades cooperativas femeninas de Inglaterra.—Actitud de la mujer ante el militarismo

En Midllesbrough, que es uno de los pueblos más manufactureros de Inglaterra, se celebró en la última semana de Junio el Congreso anual de las sociedades cooperativas de mujeres inglesas. Lo más original de esta sociedad, denominada «The Women's Cooperative Guild» es que se compone casi en su totalidad de mujeres casadas, unidas para defenderse en su triple condición de consumidoras, dueñas de casa y madres. Con la reciente concesión del sufragio a las mujeres casadas inglesas, la importancia de esta agrupación como uno de los más fuertes núcleos de electores organizadas, ha llegado a ser extraordinaria.

El Alcalde de la ciudad dió la bienvenida en un discurso a las 838 delegadas, al abrirse la sesión. La presidenta, Mis. Hood, siguió al Alcalde, haciendo una rápida reseña de los grandes acontecimientos del año que afectaban de manera especial a la Unión. Muy elocuentemente hizo alusión al regocijo que invadió los corazones todos cuando circuló la noticia del armisticio. "Pero desde entonces—dijo—hemos aprendido con harta pena que una vez que los perros de la guerra se sueltan, ya no puede refrenárseles, y el retorno del mundo a los caminos de la paz no se consigue de una simple plumada. Durante estos últimos seis meses no han ce-

sado en todo el mundo las guerras y los rumores de guerra. La abnegación humana que se necesitó para atraer a las naciones a tomar parte en tan horrible caos, está ausente en el Tratado de Paz. Yo no puedo creer que maltratar al enemigo brutalmente cuando cae vencido a nuestros pies sea típico de nuestro carácter inglés. Yo estoy segura de que ninguna de nosotras aquí está de acuerdo con la política de «coacción por hambre» que se viene aplicando contra las mujeres y los niños de Rusia y de Alemania.''

Continuó Mrs. Hood declarando que las mujeres deben usar de toda su influencia para poner fin al militarismo. Habló de la necesidad de que se proceda a procurar mejores habitaciones, más altos salarios y mejor instrucción para las clases pobres, y recordó al congreso que estos beneficios sociales tan urgentes sólo pueden obtenerse mediante la aplicación, nacional e internacional, del lema cooperativo de «uno para todos y todos para uno».

Después del discurso de la presidenta, todas las delegadas se pusieron de pie para aclamar a una señora rusa que venía portando el mensaje de adhesión de las mujeres rusas. La señora Polovtsev, que éste era el nombre de la rusa, pronunció un breve discurso que fué acogido con grandes demostraciones de entusiasmo.

Luego la señora Ferguson hizo uso de la palabra, declarando que la guerra había sido la página más negra en la historia de la explotación de los trabajadores y que el enorme crecimiento de los trusts constituía una amenaza tal para el mundo, que la única esperanza de combatirla era el hacer cada vez más amplio el radio de acción del movimiento cooperativo de las mujeres.

El debate adquirió su mayor interés al tratarse de la cuestión de la Liga de Naciones, que culminó en la siguiente resolución:

''Declara este Congreso que la Liga de Naciones, tal como se pretende actualmente establecerla, no puede realizar las esperanzas de los pueblos del mundo y exige que los trabajadores del mundo se unan al intante para constituír la verdadera Liga de los pueblos para una paz permanente, que incluya a todas las naciones desde el primer momento, con directa representación de todos los pueblos y con la absoluta abolición de todas las alianzas militares entre las naciones.''

La señora Lawton fué la que más se distinguió por su cálida elocuencia en apoyo de la resolución transcrita. Varias de las presentes se opusieron a que se incluyera en la Liga a Alemania en tanto esta nación no diese pruebas de su buena fe, pero la señora Lawton replicó en términos tan contundentes, que las objeciones fueron destruídas y la resolución fué adoptada por una mayoría abrumadora.

De la importancia de este Congreso podemos juzgar con sólo tener en cuenta que un periódico de tipo tan tímidamente liberal como el «Christian Science Monitor» trae acerca de él, en su número de Agosto 26, el siguiente comentario:

''Durante las cinco sesiones de este Congreso, el interés no decayó ni por un sólo momento. Mucho antes de la hora señalada ya había delegadas ocupando sus asientos, pues estas mujeres habían venido de los puntos más distantes, ansiosas de regresar llevando el mensaje del Congreso a sus respectivas sociedades locales. En algunos casos, varias de las ramas locales se habían unido para enviar una delegada que representase a un mismo tiempo seis o siete sociedades. Para muchas de las mujeres presentes, el Congreso constituía una cosa completamente nueva. El uso de la palabra no fué, como en otras ocasiones, limitado exclusivamente a las líderes. En verdad, el número de discursos valiosos que surgieron de las filas era cosa de llamar la atención. El rasgo más notable, sin embargo, fue la importancia de las cuestiones discutidas. Prácticamente, ninguna de estas mujeres era oradora profesional. Hablaron sencillamente, en su lenguaje de todos los días, y es de notar que ninguna habló que no fuera para decir algo de importancia. Es esta espontaneidad de expresión lo que dá a un Congreso de las Women's Cooperative Guild» interés tan singular.''

La situación de las mujeres en el seno de la Liga de Naciones.—Se somete al Gobierno inglés una lista de candidatos para puestos en la Liga.

El día 5 de Septiembre se celebró una reunión en Londres a la que concurrieron representantes de varias sociedades femeninas, para tratar de hallar los mejores medios de que las mujeres tengan la debida representación en la Liga de Naciones. La Liga dispone que todos los cargos relacionados con ella, incluso el de la Secretaría, estarán abiertos de igual modo a las mujeres que a los

hombres, y a fin de que esta cláusula se cumpla, las mujeres inglesas pensaron en la conveniencia de hacer una lista de candidatas idóneas para someterla al Gobierno con la demanda de que se tenga en cuenta para los cargos todos que se creen bajo la Liga.

Miss. Rackham, nombrada presidenta de la asamblea, manifestó que el objeto de las allí reunidas era el convertir en actos positivos las palabras contenidas en el texto de la Liga de Naciones, y que a ellas, a las mujeres, incumbía el escoger con la debida anticipación aquellas mujeres que se considerasen más capaces para dichos puestos.

En este sentido, la Asamblea aprobó varias resoluciones en las que se demanda del Gobierno que a las mujeres se les asigne la participación debida, tanto en el tribunal internacional de justicia, como en todas las comisiones y agencias de la Liga.

Otra mujer, la señorita Allen, indicó la necesidad de que las mujeres estén mejor representadas en la delegación para ante el Congreso Internacional del Trabajo que se celebrará pronto en Washington.

Otra resolución importante fué la que dispone que, al hacer nombramientos para los cargos creados y por crear dentro de la Liga, los Gobiernos de las varias naciones no dejen de consultar en nigún caso a las distintas sociedades que han organizado las mujeres en sus respectivos países.

Una Convención de mujeres obreras

Recientemente se celebró en Filadelfia la séptima Convención bienal de la «Liga Nacional de las Uniones de Mujeres Obreras». Esta Convención fué la más grande que se registra en la historia de la Liga. Concurrieron a ella unas cien delegadas, representando a 700,000 mujeres obreras organizadas. Concurrió también a la Convención, en calidad de huésped de las obreras americanas, la señorita inglesa Mary McArthur. Representaban las concurrentes alrededor de veinticinco distintas ocupaciones y oficios.

Lo más significativo de la Asamblea fué la parte que tomó en ella un nuevo elemento que hasta ahora se había mantenido alejado de toda relación con el movimiento obrero. Nos referimos a las maestras, cuya voz resonó en la Convención, quejándose amargamente de los salarios tan bajos que se les viene pagando en casi todos los Estados de la gran República. También pusieron de manifiesto las delegadas de las maestras que ellas, más que ninguna otra clase, sufren la terrible dureza de un régimen autocrático entronizado desde hace mucho tiempo en los sistemas escolares del país. Propusieron las maestras, y aprobó unánimemente la Convención, resoluciones para el establecimiento de escuelas autónomas, regidas por los mismos profesores, y abogaron por recabar de las autoriades escolares de la nación que se permita a los maestros la participación libre en los asuntos públicos de todo género que se debaten en el seno de la nación.

A iniciativa de las delegadas de New York, la Convención adoptó la propuesta de que se demande de las autoridades escolares de los Estados Unidos "el reconocimiento de los derechos de los maestros a constituír uniones obreras de la misma índole que las de los demás trabajadores organizados."

Otro elemento nuevo que se destacó por primera vez en la Convención fue un grupo de delegadas que representaban a las bibliotecarias organizadas de varios puntos del país, pareciéndose mucho las demandas de éstas a las de las maestras.

Del gran vuelo que tomaron los debates se tiene una idea con sólo fijarse en la índole de las resoluciones adoptadas: anmistía política, levantamiento del bloqueo, retirada de las tropas americanas de Rusia, reconocimiento del Gobierno de los Soviets, reconocimiento de la República de Irlanda, abolición de las deportaciones y otras importantes cuestiones internacionales.

Plan de reformas sociales, para beneficio de las mujeres, que ha presentado en Inglaterra Miss Helen Fraser

La señorita Helen Fraser, que se distinguió mucho por sus trabajos de propaganda patriótica durante la guerra, regresó a Inglaterra de un largo viaje por los Estados Unidos durante el cual tuvo ocasión de estudiar varias de las modernas instituciones americanas.

Interrogada por los periodistas, la señorita Fraser habló de un plan que piensa poner en práctica en Inglaterra, como resultado de las saludables experiencias de su viaje, plan que ella piensa realizar en el próximo otoño mediante la cooperación de la vizcondesa Rhondda, que simpatiza cordialmente con la idea.

En los Estados Unidos la señorita Fraser observó con sorpresa las facilidades de que

las mujeres gozan para establecer clubs, centros que a ella le parecen muy valiosos en la

que las mujeres están destinadas a un gran papel en la vida internacional de los pueblos

jer en Inglterra en el seno de la Cámara. Ya existía una ley desde el año pasado que le daba el derecho del voto a la mujer, pero limitándolo a las mujeres de más de 30 años, y limitando también su condición de elegible a los puestos de la Cámara de los Comunes. La ley actual viene a acabar con la arbitraria limitación de la edad, colocando el término en los 21 años y hace a las mujeres elegibles para el servicio civil, la judicatura y en general para cuantos puestos ha venido hasta ahora monopolizando el hombre.

El Gobierno trató de aterrar a los partidarios de la ley declarando que si se aprobaba habría que celebrar nuevas elecciones generales en seguida, porque ella significaba la creación de cinco millones de electores nuevos. Pero la amenaza no valió, pues es cosa sabida ya en Inglaterra lo miedoso que está el Gobierno ante todo lo que signifique una nueva batalla electoral, dándose por seguro que solamente bajo la presión más fuerte es que el Gobierno se decidiría a convocar para nuevas elecciones.